



Sentido de nuestra vocación: Servir al que sufre

José María Rubio, PROSAC Sevilla

La razón última de nuestra vocación sanitaria siempre es personal y moral y no exclusivamente profesional.

Cualquier vocación se orienta siempre hacia el fin último de su actividad profesional, su particular "bien interno" que, en palabras de Adela Cortina, es independiente de otros argumentos externos válidos -dinero, posición, conocimiento, técnica- y en tal sentido procura desarrollar las virtudes necesarias para alcanzarlo.

Desde que se reconoce la existencia del dolor en el mundo, siempre ha habido alguien junto al que sufre dispuesto a ayudarlo. El deseo de aliviar el sufrimiento y, en su fuero más interno, la compasión, constituyen el ideal y la razón principal de nuestra vocación sanitaria.

Con frecuencia le pregunto a mis alumnos por qué quieren ser médicos. La mayoría de las veces no obtengo una respuesta concreta. En bastantes casos sus argumentos son de tipo profesional: les ilusiona ser un habilidoso cirujano, un clínico experto, la docencia o la investigación. Otras veces son razones familiares o de índole social o económica. Nadie me ha hablado nunca de la compasión; la relacionan, eso sí, con actividades de índole social o el voluntariado, pero nunca con su vocación particular.

Sin embargo, la vocación sanitaria no es el fruto maduro de un proyecto personal, ni tan sólo una proyección social de nuestro yo. Es mucho más que eso. La vocación sanitaria contiene en su substancia el contacto no convencional con el hombre en su condición más verdadera que es la enfermedad y surge como consecuencia del descubrimiento del "otro" como un necesitado, alguien cuyo sufrimiento nunca puede serme ajeno.

La vocación sanitaria supone el deseo de servir al que sufre desde el conocimiento del que sufre y la confianza en la sanación. Su ejercicio exige las virtudes que universalmente se nos reconocen, pero por encima de todo, ser sanitario es un ejercicio de amistad, algo que es todo un desafío para quien la quiera practicar en

medio de un mundo empobrecido de valores y supertecnificado hasta la deshumanización. Por lo tanto, el fondo de nuestra vocación es siempre personal y moral; su forma, su aplicación, será profesional pero sin perder nunca de vista estos presupuestos. Sólo así podremos entender el auténtico sentido de la "humanización de la asistencia sanitaria" que se nos propone reiteradamente desde todas las instancias y que sin embargo tanto trabajo nos cuesta conseguir.

El heroísmo de la compasión

Los acontecimientos de cualquier enfermedad son como las dos orillas de un río. La fenomenología y la experiencia constituyen la expresión clínica de un paisaje peculiar en el que identificamos:

- Los acontecimientos propios de la enfermedad (**el caudal**) con su corriente de descomposición personal, interrupción biográfica, ruptura de esquemas y principios, aparición de sentimientos definitivos.
- Los factores propios y ajenos que los modifican (**el cauce**): cultura, economía, fe, situación social, experiencia previa de enfermedad, carácter etc...
- El "entorno patológico", (**el ambiente**): los síntomas, las necesidades físicas y psíquicas y las circunstancias particulares del momento de enfermar.

Navegar por este río no es ni mucho menos fácil. Para ser fieles a nuestra verdadera vocación debemos contemplar, conocer y compartir el sufrimiento. Suelo explicar este "heroísmo de la compasión" con unas sencillas frases: "Para comportarse bien con los sanos, el enfermo necesita ser un santo. Para comprender a los enfermos, el sano necesita ser un genio." "Sólo el enfermo vive completamente su sufrimiento, nosotros la mayor parte de las veces sólo lo contemplamos, muchas veces nos conmovemos pero muy pocas lo compartimos." "En su más auténtica acepción, la compasión nace de la proximidad del que sufre y de sus circunstancias y provoca una acción destinada a remediarlo." "La compasión es hija del conocimiento y madre de la rebeldía."

*«Un enfermo es siempre una mano extendida
Suplicante hasta el extremo de su necesidad
Angustiada hasta el límite de sus fuerzas
Desconcertada por encima de sus recursos
Solitaria en medio de todos
Sensible en su cuerpo y en su espíritu
Agradecida al menor gesto de afecto
Doliente en su sensación y en su respuesta.»*

Os propongo diez palabras para compartir en cualquier lugar y tiempo la más radical de las pobrezas: *Soledad, Paciencia, Dolor físico, Angustia, Tristeza, Rebeldía, Paz, Resignación, Alegría, Debilidad*

Con estos presupuestos vocacionales creo que nos puede resultar más fácil interpretar este sencillo ejercicio de humanización de la asistencia que titulo "Lo nuestro y lo suyo" y con el que finalizo esta reflexión.

Nuestro es	Del enfermo
El Hospital	La habitación
El horario	La necesidad
El silencio	El sueño
La dieta	El hambre
La limpieza	Las sábanas
Los medicamentos	El dolor
Las preparaciones	La intimidad
Los tratamientos	El cuerpo
La ciencia	La enfermedad
El pronóstico	La esperanza
El diagnóstico	La vida